

melodramas paquistaníes y cartas del padre, en un piso de veinte metros atiborrado de amigos, de zapatos, de toallas pulcras y cortinas polvorientas, de griterío, de cordero humeante y de rezos. En esa densidad, en ese aire escaso y perfumado (Michaux escribió que respiran cómodos donde un perro se asfixiaría), en ese cuarto de guetto de la calle del Olivar había recibido, envueltos en plástico, los aros y los collares. Todo lo envuelven, él y sus parientes, en bolsas de plástico. Pero lo transporta, lo muestra y lo regala como si desenvolviera seda: lo que no es seda no se esconde porque no se ve. El fracaso, después, derrumba como una oración desatendida.

–Gracias, pero esto no es para mí –dice Alicia. Shabaz se sienta ahora en el sofá grande, el mismo en que se tendió, noches atrás, desnudo, tapándose con el calzoncillo arrugado, el cuerpo negro largo y liso como desprendido de un friso de bronce.

–Si tú no querer mí, yo muerto. Vivo, pero muerto. Ver cielo, y no querer ver cielo. Ver chicas, y no querer chicas. Cuando ver tú, cuando tú sonreír, no cuanto tú enfadada o cuando no gustar regalo, yo contento, yo fuerte. Yo, antes, *muy* fuerte –el puño levantado, la cabeza alta, el perfil de guerrero de moneda–; ahora, cuanto tú no sonreír, muerto. Tú, aquí –la palma entera pegada al pecho, los dedos abiertos, la mano como una limpia raíz arrancada. Tú sonreír –la palma firme, en el pecho–, aquí, pero, cuando verte, tú no sonreír. Yo no entender, yo no *entiendo*, Alice.

–Cuéntame otra vez aquello del mar.

–¿Gusta?

–*Te* gusta. Si te pido que lo cuentes...

–Yo primero no venir Madrid; venir Barcelona. Solo, con vaso whisky, caminar por lugar que gente pescar, lugar duro...

–Espigón.

–Spigón. Mar, *muy* guapo. Yo senté, spigón. Mar decir mí: «Bienvenido». Todo noche. La arena, cristal, cristal roto, por luces de chiqui...

–Chiringuitos. ¿Y tú qué le contestaste?

–«Gracia’, hombre».

EL EDÉN.–María tiene cuarenta años. Es de gestos precisos, conscientes de que una mano se mueve para algo, y de que no hay error posible. Más que rígida o alerta, parece que sigue una órbita en desacuerdo con el entorno, pero pausada y exacta. Órbita que el entorno rompe continuamente, y que recomponer cada vez cuesta más. A veces vienen a visitarla viejos alumnos. Debe haber sido desabrida y abrupta, al enseñar, o demasiado tierna. Dejó las academias porque no aguantaba, dice, el culto a lo inexacto, a lo torcido y a lo novedoso. Ni a lo desordenado: cómo no van a estar,

y por qué, el tenedor y la zapatilla donde tienen que estar, como cada palabra o cada viga. Se cansaron de oírle los sermones y de asistir a su fragilidad y a sus ataques de rabia. La tenían por profeta orgulloso y enlutado, en su desierto. La acusaban de no conformarse y de quejarse: seguramente ellos gritarían, dice ella, ¡fuego!, si hubiera un incendio, ¿no? A los que la contradicen les contesta, suspirando, haciendo ver que reprime insultos: *Si usted lo dice...*; a los que apuntalan frases vacilantes con cuatro o cinco *¿entiende?*, les contesta, suspirando: *Creo que entiendo...* La posibilidad de decir, para quedar bien, una cosa por otra, le parece extraña, muy extraña, y mira a las mujeres coquetas como a las hormigas, con la boca abierta. La alegran algunos animales: los gatos saltimbanquis, los perros blancos bien bañados, los pájaros y las lagartijas. Al levantarse, el cielo limpio y el aire limpio le dan un empujón cordial. Los helados y las caminatas la incitan y la hacen soñar como a otras mujeres los bailes y las blusas recién compradas. De las gaseosas desconfía: revuelve con una cuchara larga y mira subir las burbujas, y explotar, a contraluz. Cocina con destreza (verduras, bizcochos, y les pone encima una servilleta almidonada) y se ensaña con las mujeres que no saben o no quieren. La asquean los restos de comida hasta de su propio plato. Lavar sábanas y toallas de baño le enrojece las mejillas de energía liberada. Compra, en rebajas, ropa neutral, y se teje sueters holgados de colores lisos. Lee el diario de punta a cabo, para acopiar chistes de bruja. Al teléfono contesta con un suspiro, para que se note que le cansan los reencuentros, la promiscuidad de opiniones y hasta, antes de saber quién es, el que llama. Pero al que llama le dice: «Nunca me llama nadie». Si hubiera participado en aquella controversia judía en la que hubo que contestar una pregunta inútil –Es bueno o no que el hombre exista–, se habría puesto del lado de los que creían que no. Pero, ya que estamos aquí, cree, como los que contestaron que sí, que cualquier hombre famoso es un hombre perdido y que los tímidos no pueden aprender ni enseñar a los (como ella) impacientes. Los ojos castaños muy claros le chispean coléricos cuando descubren basura en el umbral y en la calle, sobre todo los ceniceros de coche vaciados en las esquinas. Exagerada, exagerada, tiene un secreto, y se lo oculta a todos y a sí misma: soñó una vez con un momento al que habría que llamar edén, pero no recuerda más que una brisa y un olor a limón. El recuerdo la empuja a limpiar, barrer en la escalera pelusa, en la acera colillas, papeles, plásticos y vómitos. La empuja a ir adonde la ciudad mal ventilada termina. Camina por Embajadores con un vestido (casi una bata) de floreado antiguo. Dobla, en lugar de bajar por la calle de Toledo, y pasa por descampados, terraplenes, edificios rojos sin terminar. El aire es limpio pero al sol, en la glorieta de las Pirámides, lo tapa y lo des-

tapa un amontonamiento de niebla y nubes negras. El cielo aquí tiene horizonte, como en el campo seco, liso y ventilado en que nació. Zarzas secas y pastos altos contra las paredes de un viejo hotel quemado. Dos ciclistas dan vueltas a la plazoleta. Pasa un solo coche, rojo. Un negro con zapatillas blancas, que casi la roza y no la ve, llega al final del puente de Toledo. Ella pisa el primer adoquín y pasa la mano por el primer rizo de piedra del puente. Las nubes negras se agrupan y se disuelven alrededor del estadio Vicente Calderón, y, como una sierra, le mellan los bordes, el limbo circular. También a los enormes silos blancos llenos de cerveza. Pero la roída de niebla y nubes tiene el movimiento fluctuante de las olas. Hunde el estadio e hincha los silos hasta reventar, y después baja al Manzanares sin un solo pato o pez, oscureciéndolo de falsa humedad, y a los veinte carriles de la autopista. Y deja libres, cercados de blanco inestable, los miserables remedos de jardín francés, a los costados de los carriles. La niebla no roe el puente, pasea con silencio de trapo de franela, y la mujer es, en ese amortiguamiento, la única cosa viva y enojada. La niebla la tapa y la destapa como una sábana lenta, pero no le quita el rojo de insolada, la tozudez de sorda.

AMANECE EN LA O.N.C.E.—A las seis de la mañana, en la Ronda de Atocha unos obreros vestidos de marrón hacen cola para comprar bonos de la O.N.C.E. Ante esos ataúdes verticales con el espectro de ciego adentro, son como obreros taciturnos de los años 40 y, al pagar, parece que muestran pasaportes dudosos a un centinela de color de cera en uno de aquellos puestos de frontera que quedaron, entre una estación de metro y otra, en el subsuelo de Berlín. En la Ronda todavía es de noche, pero sólo ahí: como si la noche fuera un negro gigante sentado en la glorieta de Embajadores que hubiera atado las casas con una cuerda y, ante el peligro de las brechas lilas que se abren al Este, tirara fuerte. Los obreros que les compraron bonos al centinela alemán vuelven a la vida con cerveza y entrepanes de sobrasada en cafeterías de nombres que se burlan de la propia mugre: *La Joya*, *El Brillante*, *El Diamante*, *El Zafiro*. Empiezan a caer al suelo, a esa hora, los primeros papeles arrugados y las primeras colillas que al mediodía serán, en todas las cafeterías de la ciudad, en los bordes de la barra, un zócalo mullido. Los obreros han vuelto a la vida nada más que para descender otra vez al metro.

NOSTALGIA DE LAS INDIAS.—A la estación de Atocha se baja como si se bajara a un río, a buscar humedad. Lo que se encuentra pasa por invernadero, pero las plantas no llevan nombre escrito, y no lo llevan porque

nadie viene a Atocha a aprender botánica sino a ver gotas que resbalan por las hojas como lupas de agua y traslucen, endiosado, un verde que no es de aquí. Salen, como bufidos de ballena, de surtidores de metal altos y finos, bocanadas de humedad. El aire es brisa de gotitas que pican la frente como un rondón de esquivas puntas de alfiler. Se abren solas puertas de cristal, o se llega por escaleras mecánicas, como si se desembarcara. Hay senderos y bancos de plaza. Pero nadie viene a leer el diario o a pensar en cosas de fuera de aquí, porque todo esto parece que tiembla.

Un lugar alto, frágil y tembloroso: humedad en el aire, pero habrá bastante tierra, debajo? Las raíces tendrán que combatir con el cemento, y, más abajo, si aún están, con los rieles y los durmientes? No se caerán, las palmeras, como gigantes con escaarpines de niño?

Un lugar que parece haber brotado para compensar un deseo. Un lugar alto, tembloroso, frágil.



Tita Merello - 1952